



(Ruinas del Castillo de Polán, provincia de Toledo.)

COSTUMBRES.

YO EN VENTA.

Así que me vi en la calle, que era la de *Las Estrellas de San Isidro*, empecé á dar grandes voces diciendo:—¿Quién compra un hombre, que por estar desesperado, ha resuelto venderse á cualquier precio y sin reparar en condiciones?—Y era verdad; estaba desesperado, porque nada debía esperar de mi bolsa, lastimosamente aguzada por la polilla, insigne amigo de la quietud y del retiro; y hubiéramos pasado al moro, como suele decirse, cansado de ser cristiano pobre, ya que no viejo, si el moro hubiese tenido á bien pagar-me el viaje hasta Gibraltar, y de allí hasta donde *Alá* fuese sueldo.

A las voces que yo daba, acudí al punto gran multitud de gentes ociosas y desocupadas, y por lo tanto curiosas. Prendevos muchos, estudiantes algunos, y todos ó casi todos, dieron desde luego en seguirme, cercarme y abarriarme con tal empeño y tan doblada intención, que en poco estuvo el que me retirase, confuso y avergonzado, renegando de la publicidad y de la fama, como antes había renegado de la oscuridad y la pobreza.

—¡Lléveme el diablo si este hombre está en su juicio!—decía un viejecillo ruin y corbado, salido al parecer del fondo de uno de aquellos miserables tenduchos, en donde tanta epigrama de traza eclipsa y oscurece los de Marcial, aunque famosos.—Miran qué ojos, señores, qué rostro y qué ademanes! No, si no déjale ir por ahí á su albedrío, que él hará alguna de las suyas.—¿Dónde qué voita de llegar al Rastró, dijo otro, ya la habla hecho, según va de perdido y desatinado. Ténganle, ténganle por amor de Dios, que el hospital es grande, y no ha estar allí peor que entre nosotros.—Eec prójimo va á dar contra una esquina—guitaba un estudiante, muy satisfecho de sí y de su latín, aunque menos bien hablado que Cicerón, si le de creer á mis oídos, que oyeron cosas que él dijo y yo calló, y que seguramente no había leído en Salustio, Tito Livio, ni el buen Cornelio Nepote.—¿Así bebed menos!—añadió otro estudiante, algo duro de cascós y macizo de entendimiento, según comprendí más tarde. No he visto hombre como él; apenas pesa día que no te topé por esas calles, tropezando y cayendo como quien sale del lodogón; y sin embargo, cualquiera que en mejor ocasión le viese, acaso le tomaría por un filósofo, un sabio, ó por uno de esos antes ensalmados, de quienes comunmente se dice que las suelas se mueren.—¿Quién duda que á todo le sabe, voló á decir el que

habló primero, después de haber visto y leído este papel que ha dejado caer el sin ventura?—*Lége, amice, lége*, gritaron á una voz varios estudiantes, apinándose cada vez más y más á mi alrededor, sin temor de Dios ni del diablo, que en aquel momento quizás ni se acordaban de mi nombre. El estudiante primero, y no se crece que esto es comedia, al oír el *lége* escolar, desdobló el papel de que hablado había, y que acababa de abismar del suelo, y con inusitada prontitud leyó lo que sigue:

Es el hambre de yil naturaleza
Móstrame fevoz; aunque la ataques, Falso,
Armado de los pies á la cabeza,
No lograrás vencerla, que es muy sábio:
Y mejor que tu padre y tú conoce
Te parte llaza, siá hacerla agraxar.

Al llegar aquí, y no sé por qué, estudiantes y prendores, maestros y auxerillas soltaron la carcajada, elevando en sus ojos con tanta admiración como alegría.—No es tanto, dijeron unas.—No está loco, murmuraron otras.—Ni borracho, aludieron los que nada habían dicho hasta entonces. Há aquí el pueblo, la multitud, las masas, dije yo para mis adentros cuando vi y entendí lo que pasaba: ya son míos, y no há mas que un momento que me escarrocian, arrosaban y malquerían. Aprovechemos la ocasión favorable que se me presenta, antes que cambie el viento, que nada hay más incierto que esto que llaman público, sin duda porque las cabras *Nigeras* y *mal sentadas* abundan en todas partes.

Algunos segundos después de hechas estas reflexiones, que otro llamará juiciosas, si se lo parecen y quiere ser sincero, lo cual no es muy común por cierto; subido sobre un banco vaciante, que manos caritativas sujetaban y kriaban á la razón como mejor podían, de esta manera, y con voz firme y sonora, hablaba yo á aquellos lobos, convertidos como por encanto en mansísimos harcegos:

—Señores: una vez que el vulgo desoto (há á decir hárbano) ha enmudecido, y que los hombres de sano juicio y recta intención me escuchan... (estas pocas palabras arbararon de restablecer el silencio) voy á decirlos quién soy, y cómo soy, cómo y á qué he venido. Y para no mortificar vuestra curiosidad, empiezo ahora y digo: que soy el bachiller Sansón Carrasco, de quien mucho se ha hablado por el mundo, desde Beocupel acá; hijo de mi padre, como no podía menos de ser; salí del vientre de mi madre como Dios quiso, siendo bien recibido de cuantos me esperaban, tal vez por aquello de *bien tengas mal si vienes solo*.

Muy incauto y torpezuelo era yo todavía cuando *Erato*, una de las mozas hermanas, á quienes conocéis—y fijé la vista en la esta-

diantina, que quedó *haciendo memoria*— me puso entre las manos la lira, y soplando me lección al oído, me dijo: «canta»— porque Erato nunca ha dicho: «loca»— y canté, si no como un músico, como otra ave más modesta.

Años después, no muchos, llamábanme poeta las gentes, y yo no me picaba por ello si he de decir verdad; pero ¡ay! cuán poco duran las glorias humanas, y con cuánta razón han escrito los sabios de todos los tiempos y países, que son *humo, vientos, polvos* y otras cosas tan fugaces como esas! Alegrábame los oídos el ramorecillo de las alabanzas, y sonreía mi vanidad halagada como dama cercada de adoradores, ó como florcilla á quien sólo el viento, lo cual, si no tan exacto, es sin disputa mucho más galán y poético; cuando he aquí que llama un día á mis puertas el *Hambre*, vestida de luto, pálida y descañada. Pregúntele quién era, porque no le conocía, y me respondió que *abriese*, pues al fin tendría que hacerle, al más antiguo é inseparable compañero de los poetas.— ¡Buen compañero serás tú, le dije, cuando todo en ti respira desolación, miseria y hambre!— *Ese es mi nombre*, respondió con gravedad é entulato. Di un grito y en seguida un portazo, corrí el cerrojo, eché la llave, y entré apresuradamente en mi cuarto, por el cual comencé á dar cortos paseos, porque la estrechez en que vivo no los consiente largos, buscando y rechazando en el laberinto de mi imaginación *planes, pensamientos, recursos*,... que no pude encontrar por más que hice. El *Hambre*, en tanto, con la más santa paciencia, seguía llamando insistentemente, y como quien sabe que le han de abrir, afligiéndome no poco con su constancia y tenacidad. Pasó aquel día y pasaron varios, sin que el antiguo compañero de los poetas, cansado de llamar á mi puerta siempre en vano, se retirase en paz y me dejase contento y tranquila como hasta entonces, que más no deseaba yo ni quería.

Una mañana, harto de él, que en toda la pasada noche me había permitido pegar los ojos, é irritado hasta conmigo mismo, corrí á la puerta, quité el cerrojo, di una vuelta á la llave y abrí. ¡Dios el *Hambre* al verme, y muy cortésmente, y con el sombrero en la mano, me preguntó si podía pasar? Díjele, mirándole atrevidamente por supuesto, que iba á salir, y respondió que *venía conmigo*, con esa dulzura y cordialidad que rara vez echamos de menos en los que más nos molestan. Veníame y callé; cerré mi puerta; guardé la llave, y eché á andar con tal prisa y furor, que más parecía caballo desbocado que persona que va ó viene.

Medio Madrid corrí aquel día: visité á dos altos personajes y díjeles, porque ambos vivían en dos guardillas, las más elevadas aceras de la Corte—é imploré su protección como un favor del cielo; y á fé que no iba mal en esto, pues mis dos hombres se andaban tan por las tubos. Ambos eran *acuerteros*, judíos ó malos cristianos, como mejor llamarlos se os antoje, y, como todos los de su especie, bellacos y desconfiados. Pudiles y me miraron: volví á pedirles, é hicieron como que no me entendían; despedime, y entonces por encubrir su maldad, me pidieron ellos. Fuí en seguida á la casa de un editor amigo, y luego á la de otro, y más tarde á la de un letrado, y todos gimieron y lloraron tanto, sospechando que iba necesitado, como era la verdad, que olvidado de mí y entermeido, juré solemnemente no volver á visitarlos hasta que tuviese algunos reales de sobra, con que socorrer su miseria y aliviar su desgracia.

Volvíame ya á mi morada, mohino y cabuloso, cuando el *Hambre*, que hasta aquel momento había ido detrás de mí, respetuosa y humilde, se adelantó francamente hasta ponerse á mi lado, y empezó á tratarme con tanta confianza, apedónome ya el tratamiento, que desde entonces me creí perdido con tales veras, que ni aun se me ocurrió llamar en mi ayuda á la esperanza. Llegamos por fin á casa, porque no tuve fuerzas para rebazarle, juntos y asidos del brazo como dos buenos amigos. Entré y entré; sentéme y sentéme; pasó una hora, pasaron dos, y hubieron pasado ciento mirándonos las caras—no sé bien si al sol, ó á la luna, ó á la luz de algun farol vecino, que en la ventana de mi cuarto daba, que tal me hallaba yo que ni aun de mí sabía—si mi nuevo compañero, el que era antiguo de los poetas, y á quien Dios confunda, no me hubiers preguntado: «¿qué piensas?» con cierto interés que me llenó de asombro.— *Piensa*, le dije al cabo de algunos momentos, que no hay que pensar ya en vivir, sino en los medios de acabar más pronto.— *Ten calma*, aunque me tengas á mí—respondió el *Hambre*; y siguió preguntando.—¿Tienes muebles que vender?—Los he vendido ya, contesté, por dejarte á ti cuando dabas alabanzas á mi puerta.—¿Qué topa te queda?—La que ves—y señalé á la que tenía puesta, que es esta misma.—¿Qué has hecho de tus libros? ¿dónde están?—En el *Rastro*; estaban tan mal tratados que ni aun allí los querían.—¿Qué te resta pues?—Dadé un instante antes de responder.—Mi talento.—El *Hambre* mesó la cabeza.—¡Pobre hombre! ¿y... nada más?—Ambición, amor á la gloria.—¡Absolutamente nada

más?—Sí, mi honradez, mi...—¡Talento!... ¡amor á la gloria!... ¡honradez! ¡esclamó el *Hambre*! ¡Desgraciado! corre al *Rastro* con ellos, á ver si allí tienen salida como tus libros.

En cualquiera otra ocasión me hubiera hecho reír este consejo, pero hay momentos en que la risa, escondida en algun rincón del alma, ni deja que la vean los otros, que algo importa, ni, lo que importa mucho, que la sintamos rebotar nosotros. Esta vez, no solo no me reí, sino que me faltó poco para llorar. Hicíme, sin embargo, la cuenta que llaman del perdido, y me dije:—«*ánimo*; las lágrimas no salvan sino á la hora de la muerte; y sobes todo ¿qué es la vida? La vida es sueño; y esta miseria, que á mí me parece vigilia, es sueño también. Sea lo que Dios quiera; Dios hizo el mundo de la nada, y nada soy yo; y todo es nada, por mucho que á mí me haya parecido.»

Con este y otros consuelos se fué aliviando mi pena, hasta que, sin saber cómo, me hallé dormido, y real y verdaderamente soñando. ¡Pero que sueños, Dios mío, tan extraordinarios aquellos! Tan pronto iba corriendo tras de un editor, que al tiempo de ser cogido, se me convertía en piedra, como estalando ayer, y lleno el corazón de susto, veía á mis pies un abismo hacia el cual me empujaba un horrible monstruo. Caía en él al cabo de algunos momentos de resistencia; bajaba una, dos y aun tres leguas antes de llegar al fondo; todavía estaba este lejos cuando un gran ruido que sobre mí venía, me hacía estremecer de repente y encomendar á Dios de todas veras. Causábase un enorme pájaro que, compadecido de mí, al verme tan cerca de la muerte, cogíame con su pico como si fuese un grano de cebada, y me levantaba hasta la orilla del precipicio, donde me dejaba á poco después de haberme dicho, ó cambiado en la lengua de la volatería, que él se llama: *RASTRO*, y que era un pájaro de muy mal agüero—pero que no siempre cumplía lo que ofrecía como había visto, pues acababa de hacerme un beneficio que no á todos hubiera hecho. Desaparecía luego el pájaro, y el editor volvía á aparecer, y yo á seguirle, y él á convertirse en piedra.

También volvía á aparecer el abismo y con él el monstruo; empujábame nuevamente, caía yo, tornaba á sacarme el pájaro, y otra vez me decía su nombre, con todo lo demás que habeis oído. Una vez sola cambió la escena, y fué como sigue: iba yo siguiendo á mi editor como de costumbre; de pronto se paró, vuélvase á mí y me grita:—«*¡la bolsa ó la vida!*»—¡Aquí del rey, que me roban! dime prisa á decir; pero inútilmente el editor me despojó con mucho sosiego, y al acabar me habló así:—«sois unos necios todos vosotros; siempre os pasa lo mismo, y jamás escarmentáis; pero á bien que si no hubierais tontos, no habríais picaros; anda con Dios, y hasta otra.»—En esto desperté, y recordando lo que había oído al *Hambre* antes de dormirme, y pensando en el pájaro de mi sueño, me eché fuera de casa y me vine aquí, entre vosotros, donde ha ocurrido lo que sabeis, y por sabido calló.

Y callé; y el gentío, que era inmenso, empezó á murmurar á modo de *pueblo de comedia*, con gran satisfacción mía, que oía, más ó menos confundidamente, palabras como estas:—¡Bien decía yo que era un sábio!—La cara le vende.—La cara y la calva.—¡Gran cosa es una cabeza sin pelo!—Tiene un pico de oro.—No tiene tal, aunque lo parece; si él tuviera de oro el pico, ya se habría quedado sin pico por aprovechar el oro.—Hombres como este no debían morirse nunca.—Si yo pudiese algo en esta patria de buenos, había de colocar á este hombre más alto que las estrellas.

—Hoy hago negocio—dijo entre mí al escuchar esto; y púseme á gritar como al principio: «¿quién compra un hombre, etc.?»—¿Véndese por mayor, amigo? me preguntó uno de los más próximos.—Véndome todo, respondí.—Hará mal, replicó el otro: véndame el *hombre moral*, como le aconsejó su *buésped*, y guárdese el *fuero*, como, según es, tengo para mí que no han de querer comprarse.—Mítelo y retiréme bien, algo picado, con ánimo de dejar mal á aquel hombre; mas después de un maduro examen, tuve que darme por convenido, muy á mi pesar, conociendo el valor de aquella ruda, pero fundada advertencia.

—Puesto que ya no habeis conocido, y cada cual me estima en lo que le parece, dije después de una breve pausa á los que me rodeaban, compradme, que no vos engañaréis.—Nada perderíamos en ello, respondió un estudiante, si tuviéramos tanto oro como vales, ó como pesas.—Fácil os sería lo primero, dijo yo, mas no así lo segundo, pues muy riego tendría que ser el que al peso me comprase.—Eres modesto; me espanta.—Véote esa modestia que te asombra.—No será yo el que te la compre.—¿Por qué?—Porque para nada me serviría; antes me estorbaría para mucho.—¿Qué dices?—Que la modestia es un obstáculo, que es preciso destruir para avanzar.—Si así lo crees, no la compras.—No hayas cuidado; nunca la he echado de menos.

Hicose á un lado un estudiante, y yo, sin apresurarme, alzando la voz de nuevo, modestamente dije:—¿quién compra un

modestia que nada vale?—Buena será ella cuando así la pondera el murmurar junto á mí.—¡Bécil! repliqué irritado sin saber á quien; si yo mismo encareciese su mérito, ¿tendría alguno mi modestia?—Nada respondió el murmurador, y no pudo hacer mejor cosa. Yo tenía razón, razón sobrada; mi modestia, sin embargo, no se vendía, y yo empezaba á desesperarme.

—Allá va eso dije por último, dejando la modestia á un lado; y saqué á luz otra prenda que, en mi humilde opinión, merecía comprarse.—¿Que es ello? preguntaron todos.—Pues no lo veis? grité asombrado de que ninguno conociese el género; es un pedazo de honradez, de hombría de bien, que siempre va conmigo. Esto vale algo. ¡Miren que fortaleza!... No se romperá á dos tirones.—Eso es lo peor que puede tener su honradez, la fortaleza, dijo uno al parecer comerciante; la mía es muy poca cosa... muy sencilla... mucho! pero ha resistido mas que si fuese de bronce.—¿Es posible?—Es... de goma.—¿Eh?—Digo que es elástica.—¡Bah!—Pues no hay otras.—Hoy esta.—Ya; pero es antigua...—¿Antigua?—Ha mas de treinta años que no estan en uso las que se le parecen.

Un sí general acabó de convencerme; metí mi honradez en el cajón de mi conciencia, y fui á hacer otro tanto con mi modestia; pero ¡ay! habíase caído al suelo, y un gallego hombre, de peso, pisoteábala á su sahor, sin advertir, como tan leve, lo que tenía debajo.—Aparta, quita, ahullé sobresaltado. Aturdido el gallego hízose atrás, llevándose de camino media modestia entre los clavos ásperos y montañosos de sus sonoros zapatos.—¡Virgen del Puerto! ¿para qué es esto? exclamó con el acento de la ignorancia y de la tierra.—Para eso mismo, respondió un rapaz que acercándose había en aquel instante, y que, á juzgar por las señas, no era tan simple como el gallego.

Y ahora que vuelvo á hablar de mi modestia, no estaré de mas advertir, aunque de paso, que por ella no pregóné mi talento, (sea el que fuere) por entonces en voga entre la gente del Rastro; y que acaso hubiera vendido, digo yo, á algun ropavejero de aquellos, que lo hubiera puesto como nuevo con cuatro remiendos y alguno que otro corte de tijeras, magistralmente dirigido por la sabia mano de su cara consorte. ¡Hé aquí los beneficios de la juiciosa modestia! ¡lectores! escarmentad y alabao, que todo es alabar á Dios.

Empañado en sacar dinero á aquella gente, vendo, volví á decir, una franqueza castellana, á prueba de disgustos y enemistades; y la daré por la mitad de su valor al que me compre esta fé religiosa. Y mostré una y otra.—¡Estan los tiempos tan malos! dijeron unos.—Si vendiera cosas mejores! hablaron otros.—¿Nadie les dice nada? pregunté entonces. El silencio era profundo.—¡Ah! ¡quién había de creer esto! exclamé con el corazón desgarrado; mi muerte es inevitable, segura. ¡Ya no tengo una hilacha de virtud que vender, y, sin embargo, no he despachado nada!—Empecé á registrar, y buscando y rebuscando por aquí y acullá, tropecé con una cajita que saqué y abrí al momento. Me he salvado, dije al ver unas cerillas que contenía, y encendiendo una, grité con toda la fuerza de mis pulmones:—¡Santiago, cierra España!—Pasmáronse todos al oírlo y yo añadí:—¡trescientos maravéis por un millar de patriotismos!

Pocos minutos despues me encontré solo, sin compradores, sin admiradores.—Estaba escrito, murmuré resignado, vamos á San Bernardino; pero antes probemos el último recurso, y di una gran voz diciendo: vendo mi alma al diablo!—Un hombre muy feo que á la sazón pasaba, y que, si no era cosa mala, no parecia buena, se acercó á mí con las manos en los bolsillos como quien tiene frío, y casi entre dientes y como recatándose, me preguntó si fiaba. Miréle de arriba abajo con reconcentrada furia; él se encojió de hombros, y haciendo un gesto extraño, siguió su camino sin hablar mas palabra.

—¡Looado sea Dios! exclamé, y tomé él de la Plaza improvisando un rosario á la madre de los desamparados, la santísima Virgen Maria.

El Bachiller, SANSON CARRASCO.

POESIAS POLITICAS INEDITAS

del Conde de Villamediana.

Don Juan de Tarsis, Conde de Villamediana, ha escrito una colección de poesias políticas que la previa censura de su tiempo y la ríndencia de sus conceptos satíricos no han permitido su publicación, para agravar los motivos que ocasionaron su muerte deplorable, descrita en la siguiente copia vulgar de aquella época, entre los habitantes de la coronada villa:

A Juanillo han dado
Con un estoque,

Quién le ha mandado
Salir de noche.

Algunas colecciones manuscritas de estas poesias, aunque en reducido número, se conservan publicadas en su mayor parte en diversos periódicos literarios de 1837 y 1845, y nosotros insertamos á continuación algunas de las composiciones del malogrado Conde, con diversas notas históricas y literarias debidas á nuestro colaborador y amigo el Sr. Neira de Mosquera.

A LA JORNADA QUE HIZO EL REY Á SEVILLA.

Décima.

Sacra magestad real
¿A qué venis, cómo, á dónde?...
Dígalo el privado Conde (1)
Si el que priva habla verdad.
A ver la primer ciudad
Del mundo, por mil razones
No, ni á ver sus esenadrones
Ni sus fiestas, ¿pues á qué?
Escuchad, yo os lo diré:
A setenta y dos millones.

A DON RODRIGO CALDERON, ESTANDO PRESO.

En jaula está el ruiseñor
Con piguelas que le hieren (2)
Y sus amigos le quieren
Antes muero que cantor.

A LA PRISION DE DON RODRIGO CALDERON.

Un pilar han derribado
Con tanta fuerza y ruido,
Que de un golpe se han caído
Siete iglesias de su estado; (3)
Y si el pilar ha faltado
Y rompido tanto el quicio,
No es mucho que un edificio,
Si fuerte breve y bizarro,
Sobre columnas de barro
Baya hecho tan gran vicio.

LLEGÓ Á LA CIUDAD DE SIGUENZA, Y PABA MOSTRAR QUE LAS MUJERES DE ALLI ERAN DAMAS DE LOS CANÓNICOS, IMPROVISÓ ESTA REDONDILLA:

Llegué leguas caminadas
Por dar descanso á mis plantas,
Al lugar de menos Santas
Y de mas canonizadas.

A VERGEL.

Redondilla.

Bien las sortijas están
En los dedos esmaltadas,
Ganadas á cavalgadas (4)
como si fuera en Ordán.

A JOSEFA VACA. (5)

Oys, Josefá, ¿quién tu bien deses
Que es Villa-Nueva aquesta vida humana

(1) Don Gaspar de Guzmán, duque de San Lúcar de Barrameda y conde de Olivares. Nació en Roma en 1587, y murió en 1645. Fue primer ministro, gran conde de Indias, tesorero general de Aragón, consejero supremo de Estado, caballero mayor, capitán general de toda la caballería de España, grande de España y privado del rey Felipe IV.

(2) Piguelas significan metafóricamente los arillos ó cadenas de los presos. También se dice *paludas*. Esta palabra es tomada de la cetrería, donde expresa la curva con que se sujetan los pies de los halcones u otras aves.

(3) Alude al título de marqués de Siete-Iglesias que llevaba don Rodrigo Calderon antes de ser acusado y muerto en el cadalso el día 21 de octubre de 1621.

(4) Equívoco satírico. Este Vergel era alguacil de corte, y de esta manera la palabra *cavalgada* significa los malos botes que sufriria en las tardes de despojo en la plaza de toros ó en los pasos de solemn proclamation. Sobre este mismo Vergel escribió otra redondilla muy ingeniosa por el uso que hace de la analogía de terminación entre diversas palabras:

Qué galan que entró Vergel
Con un collar de diamantes,
Diamantes que faltan antes
De amantes de su mujer.

(5) Comediante de la época de Villamediana, de la que hacen mención Lepe de Vega en *Las alcañales de Toledo*, y Andrés de Charancho en su *Lección moral*. Vivió en Madrid en compañía de su marido José Morales. Asistió á las representaciones del Buen-Beltró, donde escribió numerosas coplas. Fue galanteado por el conde de Olivares, cuando se dio á conocer por el príncipe de España, y una vez más por el

Y á Villa-Fior se pasará mañana,
Que es flor que al sol que mira, lisongea.
Muéstrate peña fiel al que desea
Si en ferias te da ferias y apastrana
Que anda el diablo suelto en Santillana,
Y en barca rota tu caudal se emplea:
Que es río seco aquesta corte loca
Que lleva agua, Salibre, y á Saldaña
Que pica el gusto y el amor provoca
Que á tu marido el tiempo desengaña.
Que mucha prevención con edad poca
El valor miente y al valor engaña;
Que callaras si plantaras
Fáciles alcañices, no olivares.

AL PRIVADO Y PRINCIPALES MINISTROS DEL REY FELIPE III.

Ouillejo en su caída. (1)

El duque de Lerma
Está frío y quemado;
El duque de Uceda
Esconde la mano y tira la piedra,
Mas viendo su engaño
El mal de los otros ha sido su daño.
El duque de Osuna
Nápoles llora su buena fortuna,
Mas ya que está preso
Mucho se alegra de su mal suceso.
San German
No tenía un pan cuando fué á Milan;
Si allá lo hurtó,
No lo sé yo.
Si desta escapa Calderon
Bástale una ración....
En galera, digo,
Aunque esta le sobra á tal enemigo.
El Confesor
Si Martín muriera, fuera mejor.
Tomás de Angulo, su hacienda toda trajo
En un mulo.
Juan de Viriza
De miedo se hervira.
El padre Bonal
A sí se hizo bien, á todos mal;
Y su mujer
Lo que ha rapado procura esconder.
Pedro de Tapia
El premio es la escarpiá.
Jorge de Tovar
Valióle el hablar. (2)

Las *ingenias de la corte*, el emperador austriaco en España. El mismo conde de Villamediana escribió otro soneto acerca de ella, aunque ya publicado, muy poco conocido, que copiamos á continuación:

«Oyo, Josefa, y mire que ya jia
Esta corte del rey: cordura tenga,
Mira que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre sin hablar avisa.
(Muestra un Cristo.) (*)
Por esta santa y celestial divisa
Que de hablar con los principes se abstenga,
Y aunque uno y otro duque á verla venga....
Su marido no mas, su honor y misa.»
Dijo Morales, y rezó su poco;
Mas la Josefa le respondió airada:
«¡Oh! lleve el diablo tanto guarda el coco,
Mal haya yo si fuere mas honrada.»
Pero como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

(1) Esta poesía es un resumen de otra composición del conde de Villamediana, dedicada á los principes y ministros del rey Felipe III, la cual tiene por estribillo:

*Dilem dilon**Que pasa la procesion.*

Esta poesía es una colección de semblanzas escritas con el sarcasmo y la intención de las poesías políticas del conde-poeta. En 1857 se ha publicado en un periódico literario de Madrid.

(2) Alude á las revelaciones que ha facilitado á la corte para el mejor esclarecimiento de algunos antecedentes.

(*) En otra copia hemos leído:

(Muestra un palo.)

cambiando el verso de esta manera:

Por esta dura y eficaz divisa.

AL REY NUESTRO SEÑOR COMENZANDO Á REINAR.

Glosa del Ave Maria.

Ya que con acuerdo santo
Vas castigando ladrones.
Hasta apurar sus blasones
De su hechizo ó de su encanto

Dios te salve.

Mil castigos intentar
Puedes, Philipo divino,
Que ya te enseña el camino
Y siempre te ha de ayudar

Maria.

Tu gobierno no te engaña,
A ninguno no perdona
Que ha usurpado tu corona,
Verás de riqueza á España

Llena.

Con brevedad los castiga.
No gocen mas de lo hurtado,
Pues que Dios salud te ha dado
Que estas lleno, el mundo diga

De gracia.

No dilates el consuelo,
Desdégase el calderon,
Mira que en esta ocasion
Supremo poder del cielo

Es contigo.

Acébase tanto Rey
El Patriciofe (1) y Baldero (2)
No se ha de encarecer el postrero,
Pues que se llama tu ley

Bendita.

Por ignorante te digo
No se quedó el Burgalés,
Y podrán decir despues
Que quien dió justo castigo

Tu eres.

Los regidores, señor,
Tan conocidos ladrones,
Quitales las ocasiones
Que esta es la orden mejor

Entre todas.

No hallen en ti clemencia
Los que de nuestro sustento
Fundaron torres de viento;
Hallen en ti resistencia

Las mugeres.

La justicia has ensalzado;
Y por ser recto y prudente,
Eres de toda la gente
En la comun voz llamado

Bendito.

Tanto ignorante destierra
Que ha destruido tu reino,
Mira que su mal gobierno
Ha quitado de la tierra

El fruto.

No tengas mas sufrimiento,
Héchalos en el profundo,
Que se tragan todo el mundo
Y te faltará el sustento

De tu vientre.

De todas intercesiones,
Procura, señor, librarte,
No sean contigo parte
Y di en todas ocasiones

Jesus.

Mira señor que es dolor
Que roben á tus vasallos,
Si comienzas castigarlos
Siempre será en tu favor

Santa Maria.

Si acabas de restaurar
Tus reinos, que es grande hazaña,
Harás con esto que España
Nunca cese de invocar

Madre de Dios.

(1) Patriciofe de las Indias: pone *cafe* en vez de *arca* para asegurar el título.

(2) Comisario de cruzada.

Ya las voces de este reino
Han penetrado los cielos,
De ellos vienen los consuelos;
Que tengan tan buen gobierno

Ruega.

La malicia has de acabar,
Quita malos consejeros
Que nos hurtan los dineros;
Como Rey has de mirar

Por nosotros.

Darosles crueles sustos
Quitando los embarazos,
Quebra, para hurtar, los brazos,
Mira que destruyen justos-

Los pecadores.

No se dilate un momento
Restauracion tan notoria,
Si has de salir con victoria
No se te acabe el aliento

Ahora.

Ya suena divina fama
De un niño viejo en la tierra,
Pues que los malos destierra
Va imitando antigua rama

En la hora.

Si en el reino tantos males
Duran, cuasi lo pasado
Presto se viera acabado,
Pues se miraban señales

De nuestra muerte.

Restaurador conocido
Philipó, vivas mil años,
Donde sin temor ni engaños
Seas del mundo temido

Amen Jesus.

AL MAL GOBIERNO. (1)

Soneto.

Los ingleses, Señor, y los persianos
Han conquistado á Ormuz; las Filipinas,
De holandeses padecen grandes ruinas,
Lima está con las armas en las manos.
El Brasil en poder de luteranos,
Temerosas las islas sus vecinas,
La Bartolina y treinta Bartolinas,
Serán del turco en ser de los romanos.
La liga junta y todo el horizonte
Vuestro imperio procura se trabuque,
El daño es pronto y el remedio tardo.
Responde el dueño, destierran luego á Ponte
Llaman el conde de Olivares duque,
Case su hijo y vámonos al Pardo.

AL PERRO DE LA FUENTE DE SANTA CRUZ.

Tanto poder tiene el trato
De las malas compañías,
Que dentro de pocos días
Este perro será gato. (2)

(1) En este soneto está resumida la historia de los contratiempos que ha sufrido la España durante la privanza del conde-duque de Olivares. La pérdida del Portugal, la ruinosa campaña para España de las Indias, forzada por los holandeses, las funestas consecuencias de la Liga en Francia, la separación del Brasil y de Ormuz, la pérdida de doscientos navios, y el despilfarró de sumas crecidas para una guerra desastrosa en los Países-Bajos, son las desgracias previstas en esta composición literaria. El terceto final es un rasgo satírico escrito con profunda verdad: es el sistema político de Felipe IV puesto en un epigrama: es la monarquía austríaca entre el matrimonio del hijo de un privado y la escoria del Pardo.

(2) Villamediana ya había escrito en una poesía aun inédita, y dedicada á unas fiestas dadas por el ayuntamiento á San Isidro, este equívoco piropo sobre las armas de Madrid, que fueron quemadas por los fuegos artificiales del tablado:

Y pues quemásteis el oro,
Podrá por armas un gato.

Hubo motivo para el ministro-privado y para los representantes de la villa de Madrid.

A DON JUAN DE ESPAÑA.

Jura España por su vida
Que nunca cenó en su casa,
Y es que sin cenar se pasa
Cuando nadie le convida.



Encuentro de un acreedor y un deudor.

LAS TRES FEAS,

cuento marabá.

SEGUNDA PARTE.

El montecillo que cae á la derecha mano de los dos sobre que se asienta Peligros, por su parte mas agria y pendiente está guarecido de un torrente que en el invierno se derrumba rápido y cenagoso, mientras que en el verano á ciata de bruñida plata se asemeja.

Orillas de este barranco había en tiempos de entonces un barrio entero de aspecto salvaje y pintoresco, todo formado por cuevas talladas en la arcillosa ladera del arroyo. Parras, ataubies y albanes, olivos hojines, granados reales, albréchigos y espinosos azofaifos, naranjos del Magreb y Acerolos sombreaban las blanqueadas puertas de aquellos antros. Las gallinas, los palomos, los patos de cuello turquí y los perdigones andaban picando entre las flores que cercaban la meseta: vacas de leche, caballos árabes, asnos de Córdoba, cabras de grandes ubres, corderos marinos, ciervas y gacelas domesticadas pastaban por los alrededores, y un olivar alfombrado de cepas ricas en pulgares y de ramos extendidos coronaba este paisaje sencillo y agradable.

Habitaban este barrio las familias *musárabes* que había en Peligros; mas no se crea que fuesen mas virtuosos los cristianos que los musulmanes: tambien la corrupcion llegaba hasta ellos y se mezclaban en las *zambras* y en las giras, olvidándose de la moral de Jesucristo que tanto les habian encomendado sus padres.

Tres huérfanas mellizas, Dolores, Angustias y Martirio, eran las únicas que se entregaban con fervor á la virtud y á las buenas obras en la vasta y corrompida piscina de Peligros, y estas huérfanas tenían la desgracia de ser objeto de las injurias mas crueles y de la pública animadversion: veamos el por qué.

Era el caso que las tres huérfanas habían sido dotadas de una hermosura de alma singular, de ángeles en la tierra merecieran título si sus buenas acciones se enumerasen; pero tambien su fealdad física calzaba tantos puntos, que mirarlas de cerca ó de lejos, por detrás ó al desgaire, causaba malestar, hastio, horror.

Dolores, la mayor, pues habian nacido con intervalo de doce mi-

actos, era tuerta de un ojo, vizca del sano, Jorobada, pelona, con dos feroces berrugas en el guardacantón que le servía de nariz, y por su exigua estatura hacia con su segunda hermana extraño y repugnante contraste. Angustias se elevaba cinco pies de rey sobre el nivel de dos enormes canastos que ella tenía por sus pies, y con los ojos saltones, la frente calzada, las cejas arremolinadas y la boca aporillada y rasgadísima adornaba el cutis de su rostro, que tenía color de ácalga, con manchas aberrogenadas: estas facciones tan desconformes se veían en continuo baloteo, gracias á la perlasia. Martirio, la menorella, cuadrada de gorda, negra como el cordobán, llena de lunares con cerdas enroscadas, fofida en su aliento, con la vista hundida, florosa y sin párpados, lunaca y con voz de tambor, siempre gozaba de un privilegiadísimo gesto. En Peligros, en el paraiso de la hermosura famoso del Atlas á la frontera cristiana! cómo sufrir en paciencia aquellas tres feisimas doncellas que deshonraban y manchaban el puro nombre del pueblo?

Excitaron cuando niñas la curiosidad, cual feto de cuatro manos y dos cabezas, porque jamás se vieron en Peligros sino bellísimos niños que hubieran tenido plaza, por lo hermosos, entre los mismos arcángeles; pero luego que crecieron, al cruzar por las plazas y las ferias iban siempre envueltas entre nubes de chicos que como serpientes sibilaban, y con escolta de zagalones que las saludaban con groseras injectivas, con barro y tronchos de col.

Todo lo sufrían por el amor de nuestro Señor Jesu-Cristo y encerradas en sus cuevas, pues ocupaban tres en los tres extremos del pueblo, pasaban el día trabajando, orando, visitando á los enfermos y desvalidos, y partiendo sus escasos haberes con los pobres.

Una tarde (y misms en que el diablo finiquitó su contrato con el emir granadino) retirábanse mas temprano que de costumbre á sus pobres moradas, porque en el pueblo se preparaba una gran fiesta para la noche, y querían rellnar sus castas miradas, de tan mundanales pompas, y padir por los que así se encenagaban en el vicio; pues señor....

Mas dejémoslas proseguir su camino que voy á contaros la algarrada y el festejo.

Habían llegado las vendimias, y los árabes, como todas las pueblos labradóres, celebraban con gran boato y riqueza esta época del año. Las fiestas de Peligros en tales días eran famosas en toda la comarca, y las del año á que nos referimos rayaron en lo estremado (1). Comenzaron por un baile ó zambra que debía durar desde ponerse el sol hasta el alba.

En la vasta llanura de las eras se había levantado un pabellón de lona blanca y azul, que podía cobijar bajo sus alas mas de diez mil personas. Cortinajes de damasco carmesí, tejido en el harro de los judíos, chales de púrpura y azul, labrados en las Alpujarras, cintas del harro del sol, ricas guirnaldas de flores naturales, gallardetes, estandartes, fémulas y banderolas de mil colores bordadas de oro y plata adornaban el exterior de aquella gigantesca tienda de campaña.

Al rededor había una espaciosa calle formada por las barracas de los forasteros, de los feriantes, de los vendedores y de los ricos habitantes de Peligros. ¡Qué pintoresca vista formaba aquella elipse! Unos pabellones eran de color de grana con pasamanería de oro, otros remataban á la usanza chinesca, aquellos en ébula redonda como las del Cairo. Muchos señores se abrigan bajo una alfombra pesada suave como el terciopelo, sujetos en las largas lanzas de hierro de sus esclavos africanos y los vendedores de frutas, de pastillitos de crema, de alaja, de alfiler, de garbanos, de especería y de confites, habían levantado palacios de ramaje con labor primorosa de flores, decoraciones de papel y talas de colores. Todo cuanto veía la vista y el paladar se hallaba allí junto y revuelto con un extraño aparato de grandeza. Al lado de la tienda de un Wali rodeado de guardias y de esclavos, fuma sus rubios buñuelos una negra que pregona la su mercancía despolvoreada, aquí un mercader genovés, allí un renegado lusitano para condimentar pastetes de nari despolvoreados con especería, gente de Tunes y Alejandría, de Castilla y de Navarra, traficantes de Cataluña. Sedas marroquinas, paños de Almería, lanas alpujarreñas, arneses manchegos, tabietes y cintevia granadinas, orfebrería cordobesa, dulces de Friego y Luconá, ocellas de Montalbán y de Trevelez, frutas de la Vega de la Sierra y de la costa se veían en azabates de ramos, de madera olorosa, de mimbres teñida, de plata segun el género requeria. Teas de pino, velas de cuatro mecheros, hachas embreadas y grandes hogueras, hacían que la noche fuese clarísimo día.

El gran pabellón del centro era el lugar del baile, el corazon del festejo, el núcleo de la alegría. Estaba el suelo cubierto con una alfombra jerezana que se había construido para una mezquita, y que un

emir impio regaló á una de sus favoritas de Peligros. Almohadones de trió, de raso y de sarga malagueña, pieles de león y de pantera negra servían para desanzar: en los ocho ángulos de la tienda había cascadas y juegos de aguas olorosas: el techo era como una parra, que parecia natural, con racimos de uvas de todas clases y con vasos transparentes de ágata, de marmól de Macael y de China entre los pámpanos.

Cuando cerró la noche, á un mar de cabezas se asemejaba el gentío, y la danza agitaba todos los pies y volcanizaba todas las cabezas. Bajo el cielo de pámpanos de esmeralda con estrellas de nacar, tropas de gaditanas, de ubedóñas y almerallas bailaban con delirante ardor la *jacarandina*. En el centro, una gran rueda de Peligreños, calzadas con gallardas granadinas y hermosísimas costeadas repicando castañuelas y panderetas, con bandas y chales, con ramos y cintas trenzaban, giraban, saltaban formando círculos, grupos, figuras, jardines fantásticos y caprichosos, madejas indeterminadas, laberintos de flores. Giraban las negras en estotro lado y gesticulaban en sus lascivos bailes. Palmoteaban los hombres para el compás, repicaban sus armas, y la sangre de todos se encendía con aquella atmósfera radiante formada por los reflejos rojizos de las teas, de las hogueras y de las luminarias, por los rayos de los provocativos ojos de las bailarinas.

Mientras que así bullía el contento por las eras de aquéllas deliciosas alcañas, aparejábanse el cielo con medroso manto y desatabanse los huracanes en la vega penetrando con ruidoso mugido por las gargantas de los puertos. Los pájaros y las fieras se agazapaban bajo las ramas y en las hendiduras de las rocas y de las guajaras: las plantas estaban inmóviles y como que reconcentraban sus fuerzas para luchar con los vientos, con las aguas y el rayo: los animales domésticos ahullaban medrosamente, mugían, reflicaban, pugnando por deshacer sus ligaduras y trabas.

Estrellas azufradas, lenguas de fuego, haces de chispas brotaban á veces de las peladas puntas de Sierra-Elvira y de las rocas de los montes de Huetor. Una nube de color indefinido, como el fango de los pantanos, avanzaba desde las sierras de Loja, su manto de féltidos vapores se plegaba y desplegaba arrollándose, desgarrándose, comprimido y azotado en sus flancos por las olas de un huracán que bramaba en las alturas con mayor pujanza que las irritadas aguas de las corrientes del Océano.

Nublos negros y espesos sin forma determinada rodaban por la bóveda celeste: de pronto como tralla perseguida á latigazos, se agruparon en disciplinada falanga, tomaron la figura de un águla, y apoyando sus alas en los cerros del Padul y de Alfacar, su centro en los picos nevados del Veleta, Solaira y Muley-Hacem, partieron al encuentro de la nube que por el lado opuesto amenazaba.

La inmediación del huracán crecía con estruendo y dabo nunca vistos. Sus remolinos arrancaban los árboles, levantaban la tierra, estrataban la corriente de los ríos, talaban las yerbas y los llanos. Grupos desconocidos y salvajes, ahullidos prolongados, quejidos de agonía, balabros estridentes y chillones se oían entre las columnas del viento como si en ellas viniese cabalgando una legión de diablos.

Jantáronse las nubes como dos ahorrotados y acrecidos torrentes: al choque brotó un relámpago que llenó de luz broncada los anchos espacios del cielo y las sinuosidades de la tierra, sonó un trueno paavoroso, crujiente y los senos de las montañas retumbaron desgañándose las peñas y partiéndose los picos y los tajos.

Comenzó la tormenta. Los Peligreños no se arredraron por el trastorno de los elementos, antes con impio desacato aumentaron sus festejos, y con el rostro al viento y á las anchas gotas que empezaban á caer desafiaban los furros del cielo.

Una ráfaga del huracán arrebató como una pavesa el pabellón del baile y las tendas de la feria, dejando al raso á los autores de aquella orgía gigantesca.

Retumbó la tierra: las crestas de los montes se inclinaron, oscilaron los bosques como las plumas de un penecho, se cerraron las cascadas, se grietearon las llanuras y eleváronse las rocas produciendo un ruido semejante al de los esqueletos, si se sacuden: este rumor formaba coro terrible con los truenos y sus ecos, con los silbidos del huracán y de la lluvia.

En medio de aquella destrucción y de tantos horrores las eras de Peligros segund pobadas de bailarinas, de músicos, de sibaritas, de curiosos, de gente ebria y delirante. Exentas de temor, al reflejo de sus casi estintas hogueras formaron como las mugeres y los mancebos y acompañados con íltimas canciones, descompuestas las ropas con el viento y con la danza, empezaron una zambanda tan pizante, escandalosa y desenfadada que de ella se hubieran avergonzado hasta las prostitutas africanas.

Es fama que el diablo, aunque ocupadísimo en dirigir con acertada mano los golpes de la tempestad, asomó su almenada cabeza por entre las nubes y se sonrió compasivo al contemplar aquella fe-

(1) Nuestra historia no establece que en este viento se hable de vino y de bebidas, pero á pesar de quanto en contrario se cree vulgarmente, los árbes se sabrán sabidos, y muchos el vino comulga probáblemente se arrollo arrojado.

roz bacnal en medio de las tinieblas, entre el retemblar de la tierra, los rayos del cielo, los mugidos del huracan y la creciente de las aguas. Se sonrió, y aun se dice que quiso conservar el pueblo donde tenía tan buenos y tenaces servidores; mas picándose de honrado y recordando su palabra empeñada:

—Sus, dijo, cumplamos lo estipulado y perezca por siempre ese pueblo.

Tendió su látigo de cadenas y el barranco que cercaba á Peligros creció y rodeando las eras como una culebra que se enrosca al cuello de su contrario, estrechó y arrebata en ondas quebradas y fongosas á todos los del festejo; haces de rayos esyeron en los viñedos y en las olivas convirtiendo en hogueras sus allivas copas: abrióse por mitad uno de los alcares donde se asentaba el pueblo y tragóse dos barrios con sus mezquitas, alhóndigas y jardines. Contra remolinos de viento mandados por Satanás en persona, llegaron empújandose furiosos por el que hoy es *Derrillo de la Cruz*, y salmados con los gritos y blasfemias de su jefe, arrancaron de raíz lo que del pueblo quedaba y se lo llevaban por los aires.....

Las tres reas en tanto, oraban con recogimiento y santo temor en sus cuevas que estaban en tres extremos del pueblo. Al sentir los baládras de los remolinos que arrebataron las casas, aquellas virtuosísimas doncellas gritaron con acento: ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡SALVAVANOS, DIOS NUESTRO!

Llegó su voz hasta el diablo y sobrecogido con aquella divina palabra, talisman de los cristianos, soltó tres pedazos de pueblo que son los que hoy se conservan..... Y aquí, lector amantísimo, se acaba la que del caso me contaron, mas te juro por lo mas sagrado, que leerá conclusión el cuento y de ella te enterarás si paciencia tienes para leerla.

CONCLUSION DEL CASO.

Con que íbamos diciendo, que dejó Satanás tres pedazos de pueblo, los cuales cayendo sin destruirse formaron lo que hoy se llama *en Peligros barrio bajo, barrio de envidia y barrio alto* y de tan mal talante le cogió al espíritu rebelde la sagrada exclamación de las tres reas, que haciendo no lio de nubes y dando de puntillones á los vientos fuese derecho á la que hoy es *Galilla de Cartuja* y se zampó de cabeza con toda su corte por la misma cima de aquel montecillo, y aun cuentan las comadres mas sabedoras que allí van las brujas á verle los sábados, porque suele aparecer en forma de un macho cabrío respetabilísimo.

Angustias, Dolores y Martirio, pasada la inundación, salieron de sus cuevas y recorrieron espantadas y contritas aquel bacinaimiento de cadáveres destrozados, las balsas de ofeno, los arenales, los troncos pelados y las rocas que cubrían la que fué ciudad, los campos fértiles y bellos «*Vanidad de vanidades!*» dijeron con el Rey sábio, recordando las grandezas pasadas, viendo la desolación presente, y se encaminaron á los tres pedazos que se habían librado milagrosamente del temblor de tierra, del huracan y de la inundación. En estas casas (habitadas todas por los mas pobres) respiraban algunas criaturas y otras se quejaban de los golpes recibidos: mas las que conservaban algun resto de vida oraban con arrepentimiento y fervor: llegaron las tres mellizas socorriendo á aquellos desgraciados que estaban á punto de perecer de hambre, prepararon bálsamos y bebidas, consuelos para el ánimo. Tanto hicieron, que con lágrimas en los ojos las pidieron perdon de las injurias que antes les habían hecho y entrando á su ejemplo en el temor de Dios lograron volver la fecundidad á los campos, estenderse nuevamente, multiplicarse y con la sucesión de los años llegó á ser Peligros lo que es hoy, un amensísimo lugarejo, poblado de industriosos y honrados labradores.

Impatientes estareis por saber qué fué de nuestro furioso emir granadino, y en verdad que su misterioso fin es digno de relatarse.

La tormenta y el terremoto pusieron miedo en los corazones granadinos; los supersticiosos creyeron que se aproximaba el fin del mundo, y los enemigos del emir propalaron que aquellos males eran castigo del cielo por las desafueras del soberano.

Seremóse el horizonte y aparecieron los primeros albos de la mañana; el Rey dormía á pierna suelta (era descreído de soy) y mucha sintió que le despertasen de súbito, aunque asegurado el nuenco causante ser cosa de importancia lo que participarle tenía.

En efecto cubierto de fango, descompuestas las vestiduras, encontradas las postiguadas cuerdas de sus espuelas, penetró un mensajero en la cámara real y prosternándose con respeto dijo:

—Enalzado seas, señor, sobre todos los reyes de la tierra. El que todo lo puede, Allá, en su justicia se iguala á su grandeza, ha derramado la copa de su ira sobre tus enemigos y los ha destruido como la sal en el agua, Peligros no existe, sus casas y campos son un cenagal. El fuego del cielo solo ha respetado tres grupos de casitas miserables,

—Toma en albricias, vasallo fiel, dijo el monarca rebosándole el contento, y le alargó una gnumia con la empuñadura de oro y corales.

Después entregóse el emir á todos los ascesos de una alegría delirante, regaló espléndidas joyas á todas sus favoritas, repartió conlitas á sus soldados, tiró zequies al pueblo..... turbóse su contento con la aparición imprevista del diablo.

Apareció éste por el techo con gesto muy avinagrado y toda descompuesto con el traigo de la pasada noche.

—Vamos, exclamó con una voz áspera como el rundo de las carnicas, ya estás servido: arregla tus cosas, designame el barrio con que has de indemnizarme y prepárate para viajar en mi compañía.

—Perdon! déjame al menos gozar del triunfo del vencimiento.

—No estoy para perder tiempo, que en Castilla me esperan los ricos hombres con el fin de emprender una magnífica guerra civil: tengo que ganar al hijo del Rey. El trato es trato y lo prometido denda: cumplí acabando con mis mejores amigos (á este punto se le saltaron las lágrimas á Satanás recordando sin duda la orgía), con que no te espongas á que tome por fuerza lo que me has de dar voluntariamente.

—No has cumplido, no, dijo el emir, fiero al encontrar una idea para salir del apuro, me ofreciste avasar todo el pueblo y quedan en pie tres pedazos y en ellos viven y alientan muchos de mis enemigos, con que acreedor soy á un largo plazo.

—Eres un villano mal nacido como todos los de tu raza, contestó colérico el diablo que sintió el aguñonazo en lo mas vivo: te llevase arrastrando badulaque.

—Acércate si puedes, repuso orgulloso el Rey desembainando un alfanje de dos hojas que habia servido al profeta y se tenia entre los creyentes por talisman seguro.

Sonrióse ferocemente el demonio y estendió sus manos con cierta magestad dramática. Al punto perdió el monarca su forma humana y convirtióse en caballo salvaje, mas como si conservase todavía sus delirios pensamientos, el emir-bruto se arrojó sobre el diablo con los cascos levantados y relinchando ferocemente. Satanás entonces desembainó su espada y de un tajo cortó la cabeza al desmandado potro: el caballo descabezado dió á correr con asombro de guardias y magnates, salvó las puertas del palacio y aun se ignora su paradero; si bien algunos inválidos, no pocos borrachos de la torre de los siete suelos, un remodon gran jugador de lotería y un lavandera aseguran que á las doce de la noche sale constantemente á desenterrar por aquellas alamedas del recinto de la Alhambra y desaparece con el alba llevándose para alimento algun niño crudo y para solas la doncella de quince años que halla mas á mano.

¿Qué barrio de los de Granada se llevó el señor Satanás? Es punto controvertible.

Las tres reas murieron en olor de santidad y bendecidas por todos los habitantes del nuevo Peligros.

Con que ya veis, amigos míos, como vale mas tener la herencia en el corazón que no en el ambulo.

J. GIMENEZ SERRANO



(Traje de pescador en Normandía.)

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

III.

Veinte días despues todo era confusion en el valle; sus desem-
bocaderos habian sido franqueados con el azadon y el hacha: hués-
pedes turbulentos, soldados destructores habian desterrado de
aquel recinto la antigua paz: las reses espantadas se habian refugia-
do entre los matorrales, las palomas torcaces que diariamente ven-
dan á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana,
habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle
estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibi-
do salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba recatadamente una noche en una hu-
milde casita del arrabal de Toledo. Los soldados habian sido envia-
dos al valle por el rey: Floriana habia salido de él por disposicion
del príncipe.

Cuando ponía el pie en el umbral de la estancia que iba á ocu-
par, Necesvinto penetraba en ella por la puerta de enfrente. Arrojá-
ronse los enamorados consortes el uno en los brazos del otro: mil
honestas caricias y lágrimas de júbilo espesaron mudamente lo que
sentían en aquel primer momento. ¡Esposo mio! ¡Esposa mia! fue-
ron las únicas palabras que pudieron decirse.

—Ya ves que me ha sujetado á tus órdenes ciegamente: me en-
viaste una carta mandándome venir á Toledo, y he venido: me
ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolucion, y ya los
espero. Muy poderosos deben ser, porque antes la idea de sacarme
del valle le estremecía.

—Floriana mia, ármate de valor.

—¿Cómo ha de faltarme á tu lado?

—Tengo que hacerte una confesion penosa.

—¿Vas á decirme que no me amas?

—Esa no sería confesion, sería mentira.

—Entonces nada importa cuanto me digas. Habla.

—Mi padre vive, es muy poderoso, y yo me he casado contigo
sin su noticia.

—Mal hecho; pero á tu edad no necesitabas su licencia.

—Si la necesitaba, sí. El puesto de mi padre y el mio.... En fin,
él ha sabido mi matrimonio, me ha encarcelado y ha querido apode-
rarse de tu persona.

—¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?

—Tanto, que difícilmente ha podido enviarte un mensajero que
te hiciera salir del valle, antes que los emisarios de mi padre pe-
netraran en tu morada. Por eso te han conducido á Toledo por cami-
nos estraviados: aquí estás mas segura que en otra parte, porque
de cierto no te buscarán aquí.

—¿Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué de peligros nos rodean! Sin em-
bargo, diés bien, en ninguna parte estoy mejor que cerca de ti.
Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿por qué le irrita nuestro
matrimonio?

—Tú eres española.... y yo....

—Acaba....

—Perdóname, bien mio, perdóname un engaño, hijo del amor.
Cuando te vi por primera vez, fué una precaucion necesaria encu-
brirme con un nombre supuesto: cuando te ofrecí la mano, temi
que si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.

—¿Por qué? ¿Poes quién eres? Dimelo, di pronto. ¿Quién eres
tú? ¿quién es tu padre?

Abrióse de golpe la puerta por donde habia entrado el príncipe y
apareció Flavio, con manto de púrpura y corona, trayendo de la
mano á Teodosinda. Detras venian Froya y algunos grandes, esclá-
vas de Teodosinda y guardias de la real persona.

—El padre de tu ilegítimo esposo, dijo Flavio adelantándose ma-
gestuosamente en la sala, soy yo.

—Es el Rey, dijo Froya con rotunda voz.

—Es el Rey, dijo Teodosinda con una sonrisa que hacia temblar.

—¿Es el Rey! exclamó aterrada la infeliz Floriana y cayó de rodi-
llas en el suelo, cubriéndose con las manos la cara.

—¿Bien has cumplido mis órdenes! prosiguió Flavio, dirigién-
dose á su hijo: has pretendido ocultar de mis ojos á tu victima, y
has quebrantado el arresto en que te pose. Vete de aquí.

—¿Señor! replicó el príncipe con una arrogancia que jamás se
habia visto en él en presencia de su padre: yo necesito defender á...

A mi esposa iba á decir; pero una mirada fulminante de Flavio y
la palabra ¡súscito! pronunciada de una manera indefinible, le
hazieron á ceder. Te he dicho que te retires: obedece, añadió en

voz baja acercándose á él. Era irresistible la fuerza de esta expresion
en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.

Alzate, española, continuó el Rey asiendo de un brazo á Floria-
na, álzate y levanta ese rostro. Floriana se puso en pie maquinal-
mente. Hermosa es, prorumpió el Rey como para sí, contempládo-
la. Hermosa es, susurraron todos, menos Teodosinda, que sin em-
bargo, no pudo menos de corroborar el voto espontáneo y unánime
de todos los circunstantes con un sí, dificultosamente articulado.

—¿Sabes, jóven infeliz, que nuestras leyes vedan el consorcio
entre un godo y una romana?

—Si lo sé. Pero... yo... Mirad... vuestro hijo... Concededme unos
momentos de descanso para volver en mí.

—Bien, hija, bien.

Al oír el dictado de hija, Teodosinda se mordió de rabia los
labios.

Floriana se preparaba á mentir por la primera vez de su vida.

(Continuad.)

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

FOX Y LOS JUDIOS.

El célebre Fox habia tomado á préstamo á varios judios sumas
considerables, y contaba con la herencia que le debia dejar un tí-
tulo suyo para pagar sus infortunas deudas. Desgraciadamente para él, en
tío se casó y tuvo un hijo. Cuando Fox lo supo, exclamó: «Ese chi-
co es el Meelas: ha venido al mundo para ocasionar la ruina de los
judios.»

LA SORPRESA DOBLE.

Un conde que tenía siempre muy desarreglados sus asuntos, fué
á ver un día á un banquero y le dijo: «Caballero, os sorprenderá que
no teniendo el honor de conoceros venga á rogaros que me prestéis
200 pesos. Caballero, le contestó el banquero, mas os sorprenderá
todavía, el que teniendo yo el honor de conoceros, os preste esa
cantidad.»

EROGLIFICO.

